



Los fantasmas

Ronnie Camacho Barrón

Escritor y Lic. en Comercio Internacional y Aduanas

Ubicado entre los estados de Nuevo León y Tamaulipas se encuentra Campo Blanco, mi pueblo. En los cincuenta era el principal productor de algodón de la nación, y sus campos tan vastos y fértiles, atraían a personas de todos los estados que venían para trabajar en la pisca.

Aunque pequeña, la ciudad disfrutaba de su riqueza y como prueba estaban las ajetreadas tardes en la plaza. Desde el alba hasta el atardecer, el sitio se llenaba de vida; familias enteras esperaban haciendo cola afuera de los restaurantes, parejas de enamorados paseaban de la mano mientras compartían un helado y hasta los niños que boleaban zapatos se iban a casa con los bolsillos llenos.

Incluso yo tengo mis recuerdos en el corazón del pueblo y, a pesar de los ochenta años que llevo encima, tengo muy presentes aquellos días que parecían estar pintados de un naranja perpetuo.

Pues fue en el puesto de dulces de Doña Minerva donde conocí a mi esposa. En el zócalo, al ritmo de la canción *Bonita*, le declaré mi amor y en la catedral nos casamos y bautizamos a nuestros hijos.

Sin duda aquellos fueron años dorados, mas nada dura para siempre, y al igual que el resto de México, Campo Blanco fue víctima de la recesión de los noventa.

Como era de esperarse, los precios del algodón se desplomaron y pronto los jóvenes abandonaron el pueblo en busca de nuevas oportunidades, ya sea en grandes ciudades como Monterrey, en las fábricas de Matamoros o cruzando la frontera para llegar a Estados Unidos.

A pesar de las décadas transcurridas, ninguno de nuestros hijos regresó. En el pueblo sólo quedamos nosotros los viejos, que, como fantasmas, aún nos reunimos en la plaza para matar la soledad, a sabiendas de que cuando muramos nuestro querido Campo Blanco también lo hará.